

PRECIO EN MADRID.
 (Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
 Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »
 La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.
 Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.
 Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 60 pesos.
 Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 52, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

¡Viva la república!
 Advierto á Vds. que hablo de la república francesa, no haga el demonio que se entienda otra cosa y las autoridades califiquen de subversiva ó de sediciosa esta exclamación que los últimos acontecimientos han arrancado á mi entusiasmo. Hombre soy amigo del orden, incapaz, por ende, de hacer nada que pueda turbar la tranquilidad pública; así que, sometiéndome, como es de mi mayor obligación, á las prescripciones que sobre la materia rigen, estoy dispuesto á repetir ese *viva la república* en el tono grave, lícito y conveniente, aunque me sea preciso para ello *gritar en voz baja*, como aquel personaje de *La Correspondencia*.

De la república francesa ya puede hablarse, porque los franceses ¡desdichados! no comprendiendo sus intereses, ni alcanzando—tan hueros son aquellas inteligencias—cuánto están bien á un país las galas de una corte fastuosa, los áureos bordados de sus palacios, los trajes deslumbradores de las damas de honor (?), las grandes paradas, las comidas de Estado y tantas otras cosas inherentes á todo gobierno imperial, han creído que la pérdida de algunos miles de hombres, varias derrotas y muchas desgracias, son causa suficiente para destituir á un emperador.

¡Insensatos! ¿Pues qué vale un millón de vasallos? Muchos millones de vasallos, ¿qué valdrían comparados con la honra alta y la dicha inefable de tener un gobierno monárquico?

Afortunadamente nosotros alcanzamos mas prósperos tiempos, y tenemos—en buena hora lo diga—más cuerdos gobernantes. Dígalo por mí *La Correspondencia de España*, que en su última hora del lunes nos propina ¡loada sea la Providencia! esta tranquilizadora noticia:

«El Consejo de ministros, en su reunión de esta tarde, que ha durado una hora escasa, ha acordado que cualquiera que sea la marcha de los sucesos, debe en España respetarse y sostenerse la Constitución democrática hecha por las Cortes Constituyentes.»

Obsérvese bien el hecho de que el Consejo solo duró una hora escasa, vamos al decir, una hora de cincuenta minutos, que poco más deben de tener las horas escasas, y aun les habrá sobrado tiempo; pues qué, ¿se trataba por ventura de estudiar el estado de Europa, de investigar la trascendencia de los últimos sucesos, de examinar sus causas ciertas, de presumir sus consecuencias probables? No señor; ¡bah! ¿quién se para en semejantes niñerías? Eso bueno es para los políticos de afición, para los diplomáticos de café: un gobierno cauto y previsor, y más que previsor y cauto, enérgico y digno, cometeria una torpeza si á tales *elucidaciones* se entregara.

¿El bien de la nación? Vaya en gracia. ¿Pues qué otros bienes puede esperar la nación que tener al frente de sus destinos al taciturno Prim, á Rivero el *barbiano* (y Vds. dispensen), al economista Figuerola,

al archi-católico Montero Rios, al atribulado Echegaray, á D. Práxedes el bilioso, al acaramelado Prendergast, y sobre todos estos, y antes que ellos, á S. A. el regente, uno de los más encarnizados enemigos que nunca tuvieron los perdigones de la Granja, incluso el mismísimo señor rey D. Carlos IV, de gloriosa memoria?

Aquí de lo que se trata es de sostener á todo trance el prestigio de la Cámara, de mantener incólume el principio de autoridad, y suceda lo que suceda, y sean cuales fueren los acontecimientos, la Constitución ha de conservarse tal cual hoy está, y á todos nos vendrá muy ancho, que no estamos ahora para repúblicas.

Ahí digo que nos encontramos con el agua al cuello, como los franceses. Allí se comprende que el pueblo aturdido, sin rumbo fijo, sin conciencia de lo que hacia, se haya arrojado en brazos de la república, porque la situación es desesperada y los monarcas le han abandonado. Al pueblo corresponde ahora, en los momentos de graves peligros velar por su conservación y por su honra. Firme una paz ignominiosa para poner término á los desastres que su amo causó, ó si otra cosa prefiere, arruínese, pierda sus hombres, sus ciudades, sus haciendas, para rechazar al extranjero; esa misión difícil, ese impropio trabajo es á propósito para esos descamisados del goro frigio y de la Marsellesa; luego que todo se haya pacificado, luego que las cosas vuelvan á normalizarse y estén tranquilas las grandes poblaciones, y florezcan los campos, y renazcan las industrias, vendrá, sí señor que vendrá, ¿pues no ha de venir? vendrá un rey llamado Napoleón IV, ó Luis XIX, ó cualquiera otra cosa, á desempeñar la fácil pero elevada y cuasidivina tarea de gobernar á los franceses y hacerlos felices.

Hará fusilar á unos cuantos, deportará á muchos, encarcelará á no pocos, y preparará paulatinamente, en el tiempo que dure su reinado, otra guerra desastrosa que destruya en un mes el trabajo de muchos años.

—Aquí todavía no estamos en ese caso: impacientes nosotros más de lo regular, expulsamos antes de tiempo á Isabel de Borbon, y nos encontramos con que no teníamos que rechazar una invasión extranjera, ni nada: es decir, que los tiempos de la república aun no habían llegado.

Por otra parte, ¿quién desconoce que España es un país esencialmente monárquico? Y se comprende que lo sea: sin remontarnos á lejanas épocas, sin evocar el recuerdo de Felipe II, el infame parricida; sin revolver los huesos del inmoral y estólido Felipe III, recientes están los hechos nunca bien ponderados de Fernando VII el deseado y de su señora hija, y por si el pueblo—olvidadizo de suyo—no guarda ya memoria de hechos pasados, más recientes todavía, acabados de ocurrir, tenemos los altos ejemplos de bondad, de nobleza y de elevación de sentimientos, que á la vista de los simples mortales acaban de dar dos representantes de la Divinidad: el vencido Napoleon y el vencedor Guillermo. Si descendemos hasta las *infimas capas* sociales; si nos dignamos arrojar una mirada desdeñosa sobre

la plebe, sobre el vulgo de esas muchedumbres armadas, ¿qué vemos? Hombres que, enardecidos por su amor á la patria, llenos de entusiasmo por la honra de su país, matan y se hacen matar, despedazan y se hacen despedazar, y cubren los campos—ya convertidos en rios de sangre—con masas inmensas de muertos y heridos.

Tal es la misión de la plebe; bien muertos están. Apartemos los ojos de ese espectáculo, y miremos algo más arriba. Oficiales, jefes, generales del ejército vencido mueren al frente de sus tropas ó ponen fin á sus días despues de la derrota: aun quedan aquí resabios de su plebeyo origen. Los generales al fin son hombres como los otros, y no alcanzan los grados de magnanimidad que un representante de Dios.

Subamos todavía más, y allá muy alto, muy alto, en el sitio en que los pueblos buenos y bien educados colocan, fuera del alcance de profana vista, á sus amos y señores, veremos al emperador Napoleon atravesar *en carretela entre dos montones de cadáveres insepultos*, fumar tranquilamente sin pensar en que ha causado la muerte de medio millón de hombres, y entregar su espada al rey Guillermo.

Prueba laudable de grandeza de espíritu, que solo un monarca es capaz de comprender. Por eso, por eso la comprendió únicamente el rey Guillermo, y cuando los *plebeyos* miserables! anatematizaban la conducta de Bonaparte, el anciano Guillermo decia á su esposa:

«He experimentado un momento patético en la entrevista con Napoleon, que estaba abatido, digno y resignado.»

El, todo un émulo de Atila, que ha presenciado sin conmoverse las desoladoras escenas de un campo de batalla; él, á quien no han arrancado una palabra de compasión las desgracias de Strasburgo, ni los heridos de Metz, ha tenido un *momento patético* viendo á Napoleon abatido, digno (*¡digno!*) y resignado.

Hay que desengañarse: los reyes sienten y piensan de distinta manera que nosotros, infelices mortales, que para servirles hemos nacido; ¿quién se atreverá á negar con maldiciente lengua que son necesarios los reyes?

Bien haya una y mil veces nuestro gobierno, que con prudente acuerdo, ha determinado sostener la Constitución democrática. Entiéndase que esto de sostenerla se refiere á la cuestión de monarca: en otros artículos de menor cuantía ya se permitirán infringirla como en varias ocasiones han hecho.

Y han hecho perfectísimamente: si no, ¿quiere usted decirme qué viene á ser un poder?

A. Sanchez Perez.

CARTA A MI TOCAYO.

Sr. D. Luis Napoleon:

Muy señor... del rey de Prusia: Se lo tenia á Vd. dicho, hombre, se lo tenia á Vd. dicho. Con la vida que Vd. hacia no se podía acabar bien.

¿Pues qué se había Vd. figurado, cara de pocos amigos?

Vea Vd., y vean los hombres que creen agrandar á Dios porque están en buenas relaciones con el Papa, cómo también alcanza su justicia á los que mantienen por la fuerza de las bayonetas la palabra divina.

Yo me confundo, querido tocayo, al considerar la desgracia de doña Isabel, la mejor amiga del Papa, la de Vd. y su esposa, los primeros protectores del catolicismo, y *aún más* la de esa caterva de Borbones que riegan con lágrimas el suelo extranjero.

¿No aman á Dios? ¿No oyen misa y confiesan y comulgan y parten con el clero recatoliquísimo y embraguetado que todos conocemos su poder y su dinero?

Vd. mismo, D. Luis de mi alma, Vd. mismo nos ha parecido un buen hijo de la Iglesia, enemigo de toda libertad, que es lo que el catolicismo manda, y capaz de ahorcar al primero que se atreviese en Francia á decir que tiene Vd. un melón en el sitio en que los hombres suelen tener una cabeza.

Pero, hombre de Dios, lo que no le perdono á Vd. es que haya caído

por do más pecado había.

Ha sido Vd. el amo en Francia; ha podido hacer de ella un imperio militar con fuerzas para luchar con Alemania; llega el caso de probarnos Vd. que á lo ménos sirve para algo, y nada: resulta que no tiene Vd. ejército suficiente.

Sucede en Francia lo mismo que en *Barba Azul*, cuando se averigua que el director de Artillería se gasta con las damas el dinero que se le da para comprar cañones.

Se conoce que todos los sacrificios de Francia han sido en vano; porque sin duda Vd., tocayo mío, ha hecho el papel de director de Artillería.

En fin, vaya Vd. con Dios, y no se desanime usted por el contratiempo, que si le llegan á coger en París algo peor lo hubiera pasado.

No, y lo que es el final de su carrera militar ha sido brillante.

¡Caracoles, me río yo de la gloria de Douay, Canrobert y otros generales!

¡Bah! eso de morir en una batalla lo hace cualquier soldado, cualquier plebeyo; lo que ha hecho Vd., compadre, es mucho más gordo. ¡Vamos, que se necesitan agallas!

Su esposa debe estar entusiasmada con Vd.

Aquí en España, pongo por caso, ha hecho usted tanto efecto que estamos con la boca abierta.

Si algún día (no lo permita Dios) viene Vd. por aquí, oírás que le echan los españoles algunos piropos como este:

—¡Vivan los hombres de valor y de vergüenza!

Yo, que ya tenía idea de lo que se podía esperar de Vd., no me sorprendí de nada, porque lo que es á mí no me ha dado Vd. el *cameo*, como ha podido observar el curioso lector.

Ya me figuraba yo que era Vd. un emperador de pega, y que en cuanto le quitasen el traje se quedaria Vd. hecho una miseria.

Voy á terminar esta epístola haciéndole á Vd. una pregunta.

Es el caso, que yo desearía saber si aquellos soldados viejos que lloraban de entusiasmo cuando veían á Luisito (el ex-príncipe imperial) saludar á las balas frias en Saarbrück, lloraban también al verle á usted en carretela descubierta y fumando un cigarrillo, tan fresco y tan sano, al encaminarse á casa del rey de Prusia precedido de dos hulanos.

¡Valiente figura haría Vd.!

Rasgos de esta naturaleza solo son propios del que, teniendo quien le guardase las espaldas, enviaba á las mortíferas regiones de Cayena miles de republicanos.

Si sigue Vd. en la idea de que Alfonsito debe ser nuestro rey, no tiene Vd. más que enviar un recado y será obedecido.

Con que, que no haya novedad, que el susto de doña Eugenia y del chiquillo no sean cosa mayor, y usted mande á su tocayo y enemigo

Luis Rivera.

¿OTRA VEZ?...

¿Otra vez á los montes se nos larga la gente clerical?...

¿Otra vez por el casco y por la adarga desechan el bonete y el cirial?...

¿Otra vez se arremangan los manteos para armar *la civil*?...

¿Otra vez se presentan esos feos blandiendo el crucifijo y el fusil?...

¿Otra vez Manterola y demás cucos de su mismo jaez reparten bendiciones y trabucos?...

¿Otra vez se levantan... otra vez?

¿Otra vez el ridículo sainete se nos da por función?...

¿Otra vez el invicto Carlos siete se está quieto por miedo á un coscorrón?

¿Otra vez van huyendo las partidas del bando liberal?...

¿Otra vez piensan que vendrá el rey Midas corriendo mucho y disparando mal?...

¿Otra vez esos clérigos resuellan y largan una coz?...

¿Otra vez van á ver á quién degüellan, y á comerse un demócrata en arroz?...

Pues mejor; ya que haceis *otra vez* trizas

el quinto de los diez...

otra vez os darán rudas palizas...

¡Otra vez, *salta-tumbas*, otra vez!

X.

NECESITO LLORAR.

Hay para mí días terribles, días aciagos, en que me es tan indispensable un desahogo lacrimoso, un rato de consideraciones jeremiacas, que si yo no hubiera á mano un periódico carlista, cuya lectura me diese pié para llorar, me ahogaría la pena y la congoja.

Esto será una extravagancia, será un grave defecto en un hombre formal, pero ¿cómo remediarlo?

Si discurro acerca de la tenacidad del candidato francés de los prospectos, me sonrío; si me detengo en la inocente timidez de los progresistas, suelto la carcajada; si leo el artículo 33 de la Constitución, me desternillo de risa, y si escudriño el liberalismo de los unionistas, la cosa sube de punto, las fuerzas me faltan ya para tanto reír, y puedo pasar por loco con la facilidad mayor.

Y no es esto, no es esto ciertamente lo que yo necesito el día en que los amigos (?) me piden dinero, ó el día en que leo un despacho de Olózaga. Necesito compungirme, necesito llorar, necesito...

Pero ¡tate! aquí está: vean Vds. lo que necesito:

«¿El santuario de Dios á oscuras y sus ministros pereciendo de hambre?—Esto es horrible para todo corazón católico.»

¿Será verdad? Vamos por partes.

Primeramente: ¿Soy yo católico? No lo sé; pienso además que no debo ahora meterme á averiguarlo; consultemos al corazón y el corazón hablará por mí.

Segunda parte: ¡A ver el corazón! ¡Tip-tap! ¡Tip-tap!—¡Pues, señor, late!

¿Latirá de puro católico? No lo sé.

¿Latirá porque el santuario está á oscuras? Tampoco lo sé, aunque hoy late con ménos violencia que el día en que asistí á la apertura del teatro de los Bufos.

Pero el periódico de quien tomó la noticia de la oscuridad del santuario dice que la cosa es horrible. De ser así, lo mismo ha de horripilarme á mí que á mi vecino el católico. Me horripilo, pues, y como consecuencia inmediata parezco un Heráclito en esto del lloro. Conseguí mi propósito, y entusiasmado con mi sentimiento, exclamo con el colega:

«Un país que consiente tales cosas, ¿qué puede esperar? Un gobierno que obra de ese modo, ¿qué no puede temer?»

En efecto, ignoro lo que puede esperar y lo que puede temerse, y continúo derramando lágrimas tan grandes como un diputado progresista que yo conozco.

Cuando mi lacriméo está á punto de extinguirse, necesito añadir combustible á la hoguera de mi dolor, y continúo leyendo: y vengo en conocimiento de que hay «templos llenos de reparaciones, sin tener

ni una soga para tocar, ni una escoba para barrer.»

¿Lo ven Vds.? ¡Templos sin soga para las campanas! ¡Templos súcios por falta de escoba! ¿Y esto se deja pasar desatendido? ¿Y no se reúnen las Cortes para tratar del suministro de escobas á la iglesia *do-cente ó in-docente?* (cuidado con esa *o*, no vayamos á decir una herejía.) ¿Y siendo periodistas la mitad de los españoles, y empleados la otra mitad, no hay un alma caritativa que remueva la cuestión esta de las escobas? ¿Y el gobierno está tranquilo? ¿Y aun vivimos?

Salid, lágrimas mías, salid...

Y salen, y corren á mares (sea dicho con perdon). Y leo despues que en estas iglesias donde no se barre hay «sacerdotes llenos de necesidad y de heroísmo cristiano, pidiendo para las primeras necesidades de la casa de Dios y olvidándose de sí mismos.»

Y ya me ahoga el llanto, ya inundan dos arroyos de lágrimas el periódico que me puso en estado tan lamentable, cuando observo que todo este sentimiento, todo este preámbulo ha sido necesario para expresar el espíritu, la esencia, el objeto del artículo resumido en esta frase:

¡Viva Carlos VII!

Viva, sí señor, viva mil años para mayor gloria de Dios y para el desarrollo y mejoramiento de la industria de las escobas, tan desatendida ¡ay! hasta ahora en nuestro desdichado país.

Pero voy á continuar leyendo...

Z.

CARTAS SENTIMENTALES.

¡Ay, querida Telesforita de mi alma!

¡Ay, hija mia, cuán cierto que no es lo mismo predicar que dar trigo!

¡Ay, paloma mia, que una cosa es explicar doctrina cristiana á esos brutazos del pueblo, y otra cosa muy distinta andar con el trabuco al hombro por estos andurriales, recibiendo un susto en cada mata y un sobresalto en cada zarzall!

Pero no es este el momento de lloriquear, que sobrado me recompensará tu sabrosa compañía de los disgustos que ahora llevo, si es que vuelvo á casa sano y salvo, lo cual no dejo de ver un poco dificultoso. Voy, pues, á narrarte mis peripecias aprovechando un momento de descanso.

Ya viste que á las cuatro de la madrugada salí del pueblo acompañado de los pocos zopencos que pude atraer conmigo. Mi caballo iba bien alimentado, mis alforjas surtidas de comestible, mi bolsa de pesos duros y mi canana de los cartuchos que me habías ayudado á hacer.

Echamos á andar, y á cosa de media legua nos encontramos con unos cuantos amigos que acudieron puntuales á la cita, y reunidas las fuerzas que se me habian encomendado, pensé ante todo en organizarlas conforme corresponde á un ejército bien ordenado y como podía disponer con los 18 ó 20 que entre todos éramos.

Les presenté al efecto el oficio en que su majestad (Q. D. G.) me encomendaba tan delicada misión, nombrándome jefe de la columna con las consideraciones y honores de comandante del ejército legítimo. Despues procedí á la distribución de cargos é hice de un golpe capitán al hijo de la Tornera, subteniente á aquel barbarote que le llaman el Rojo, y ha estado ya en presidio por carlista y otras cosas menores; designé como sargentos al Pulido y al sobriño del tío Rapabolsas, y corneta al chico de la Manca, el que me ayuda á decir las misas y á beber el vino.

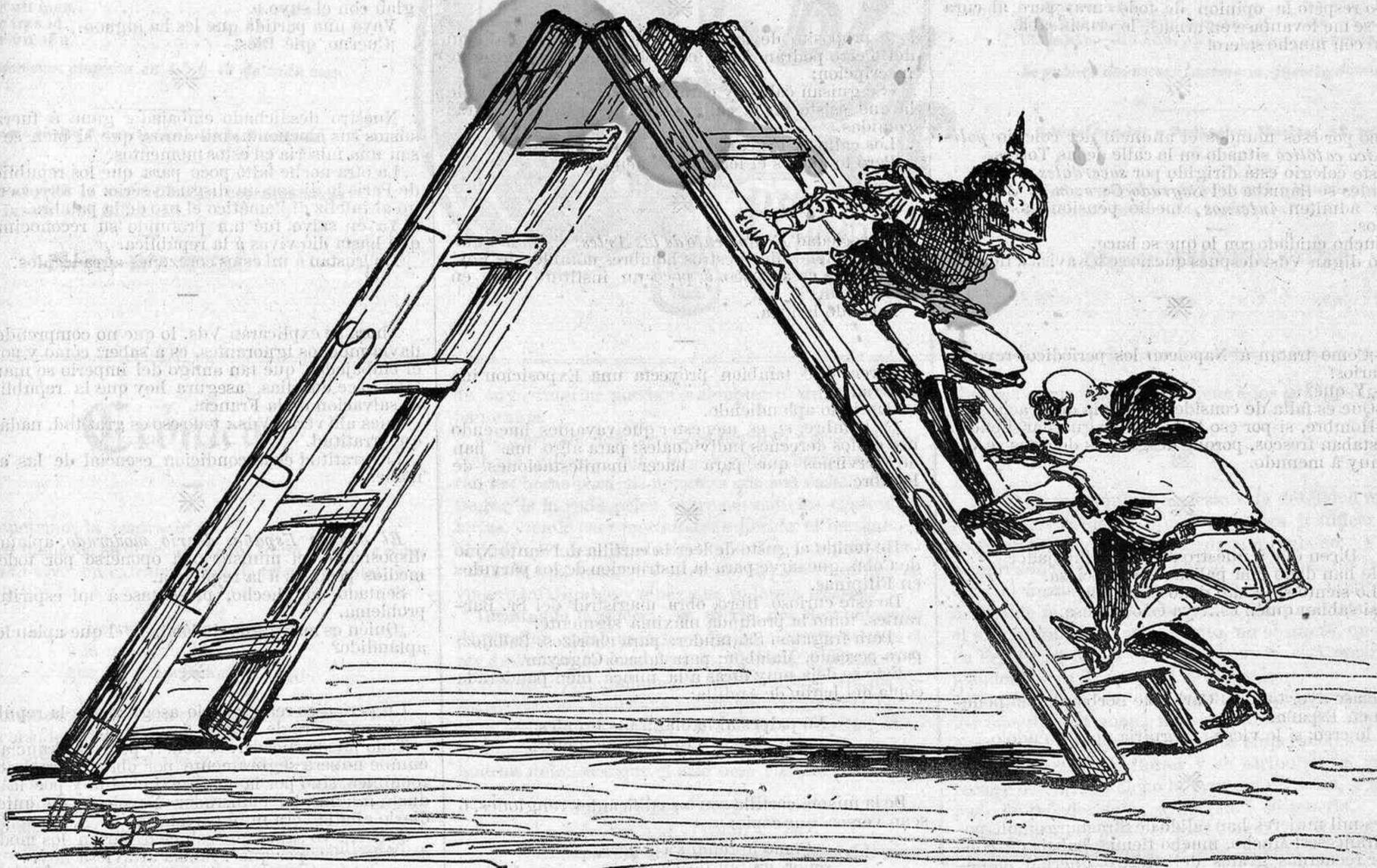
Desatamos los fardos, repartimos las insignias, pegó un par de trompetazos el chico y nos pusimos en marcha.

¡Ay, Telesfora mia! Lo primero que hice fué acordarme de tí. Si me hubieras visto tan arrogante con mi boina de borla dorada, mi sable desenvainado y contoneándome con marcial desembarazo, no hubieras conocido al infeliz clérigo que tantos ratos de placer te debe y tantos...

Prosigo.

A cosa de media legua, donde el camino es estrecho y hay á los lados muchos matorrales, sentimos pisadas de caballos que venian hácia nosotros. Mandé á la gente que se emboscara con sigilo y esperamos el suceso.

LA ESCALA DEL IMPERIO.



EL EMPERADOR PROPONE Y EL REY DISPONE.

Eran dos vecinos de un pueblo inmediato, que sin duda venían á hacer compras á la villa. Cuando se encontraron á pocos pasos de nosotros saqué yo aquella vozarrona de canónigo, que tanto han elogiado los zoquetes de nuestro pueblo, y grité: ¡Alto al rey!

Los hombres creían que la cosa iba de broma y contestaron: ¡Hola, señor cura! buenos dias nos dé Dios.—¡Aquí no hay Dios ni cura que valga; echen pié á tierra y griten viva Carlos VII!—¡Viva Carlos VII!—Bueno. En vista de esa humildad y obediencia aflojen Vds. 50 duros nada más cada uno mediante recibo que les daré, y váyanse libres y sanos á sus negocios.—¡Pero señor cura!—Ya he dicho que aquí no hay cura para esa enfermedad. El rey lo manda.—Pero ¿qué rey?...—Poco hablar, y aflojen la mosca si no quieren...

A todo esto el monago trompeteaba que daba gusto, y asustados ya los hombres me dieron todo el dinero que llevaban, que eran unos veinte pesos; dieron otro viva al rey por mandato mio, y siguieron su camino y nosotros el nuestro en paz y en gracia de Dios.

Llegamos á una venta; pedí de comer para el batallón, sirviéronnos bien, dejé otro recibo y hube de amenazar á los venteros con el estupro y la violacion para conseguir que callaran y se contentaran con el recibo que les ofrecia.

A media tarde íbamos muy tranquilos entonando el *mutillac*, cuando distingo dos objetos blancos que se movian en unas matas. Supuse desde luego que sería tropa de esa que ahora lleva papalinas, y di la voz de alto. Nos encomidimos detrás de unos peñascos, cargamos las armas, y ¡pum! ¡pim! ¡pam! dejamos sin movimiento los cazadores y suspendimos el fuego.

Viendo que el enemigo no se movia, temí una emboscada y decidí que la fuerza cargara á la bayoneta, desalojando á los cazadores de sus posiciones. Así se hizo con mucho denuedo, distinguiéndose el Rojo,

que tiene el alma más atravesada del mundo; llegamos á las matas, y ¡ay, Telesfora mia! dos borregos blancos como la nieve pataleaban en su agonía atravesados por las balas de mis bravos soldados. Digo, ¡si hubieran sido dos liberales! ¿Eh?

Esta decepcion no me desanimó; antes bien me satisfizo y enorgulleció la muestra de ardoroso entusiasmo que de mis subordinados habia recibido, y deseé por momentos la presencia de fuerza del ejército.

No tardé en satisfacer mi deseo. Al volver un recodo que formaba el camino, extiéndome mi vista por un pequeño vallecillo que allí se forma y veo á lo lejos una gruesa columna de guardias civiles, que despues supe se componia de tres parejas, aunque yo te aseguro que creí distinguir lo ménos trescientos.

En fin, echamos unos pasos atrás, llamé á la oficialidad y consulté lo que sería más conveniente hacer en vista de aquel inesperado conflicto.

El hijo de la Tornera opinaba porque retrocediéramos al pueblo más inmediato; el Pulido decia que lo prudente era irse cada uno por su lado escondiendo las armas y las boinas; yo les explicaba un plan de ataque con designacion de los puntos que debian ocupar nuestros flancos, vanguardias, retaguardias, etcétera; pero hete, Telesfora mia, que estando en esto, y como si fuésemos los conejos de la fábula, se nos echan encima los civiles, que cayeron sobre nosotros como una bomba, obligándonos á huir cada cual por donde mejor pudo. A la ligereza de mi caballo debo yo mi salvacion.

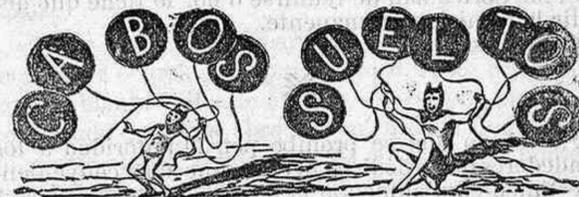
No tardé en encontrar una columna de nuestras tropas, á la cual no titubeé en unirme, y en ella sigo con mi grado y mis honores. Pues bien...

Pero observo que ya es esta demasiado larga y aun quedan miles de sinsabores que narrarte, los cuales dejo para otro dia.

Basta por hoy, Telesforita de mi alma, no me olvides ni un solo instante. No me seas infiel, durante mi

corta ausencia, con ese bribon de alcalde, á quien de muy buena gana deslomaria, y recibe un puro abrazo y un paternal ósculo de tu siempre cariñoso protector y capellan,

LÚCAS, presbitero.



La ex-emperatriz ha huido de Paris. Y no ha huido por miedo, no señor. Sino que ha sabido las valentías de su esposo el emperador, y desea abrazarle para decirle: —¡Te quiero por lo templo! ¡Dí tú que eres un hombre, chavó!

Un dato. Apenas fué declarado infalible el Papa, rogó á Dios por la dinastia de Napoleon, lo cual dejó muy contenta á la papista Eugenia. El caso que Dios ha hecho del Papa lo sabemos todos. ¡A qué añadir leña á la infalibilidad!

Lea Vd. todos los dias la *Gaceta*, y encontrará: «La partida tal, mandada por un cura, se dispersó, etc...» «Ayer cayeron prisioneros ocho hombres y un cura.» «Ha huido el cabecilla Amilivia con el cura Gazcoytia...» «En la aldea de... pidieron raciones para veinticinco hombres y un cura...»

Y todo se vuelve curas.
Es necesario pensar seriamente en estos curas.
Es necesario hacer una limpia.
Se han descubierto ingredientes contra las chinches, ¿y no ha de haber unos polvos que nos libren de estos curas bandoleros?
Yo respeto la opinion de todo cura: pero al cura que se me levantase en armas, lo crucificaba.
¡Y con mucho salero!

Leo por esos mundos el anuncio del colegio *politécnico católico* situado en la calle de las Torres.
Este colegio está dirigido por *sacerdotes*.
Antes se llamaba del *Sagrado Corazon de Jesús*.
Se admiten *internos*, medio pensionistas y externos.
Mucho cuidado con lo que se hace.
No digan Vds. despues que no se les avisa a tiempo.

—¿Cómo tratan á Napoleon los periódicos revolucionarios!
—¿Y qué?
—Que es falta de consideracion á la desgracia.
—Hombre, si por eso hubieran de guardar silencio, ya estaban frescos, porque desgracias de estas se ven ya muy á menudo.

Dicen que á nuestro augusto embajador le han dado una paliza muy graciosa.
Lo siento si le han dado por error;
si sabian quién es... ya es otra cosa.

Decíase ayer que D. Carlos de Borbon habia penetrado en España.
No lo creo; si lo viese... seguiria no creyéndolo.

Tres mil mujeres han salido de Strasburgo: ¡oh, pobres franceses! Mucho, mucho tiempo habeis de conservar recuerdos gratos de vuestro querido emperador.
Estos monarcas queridos siempre traen cola.

El Imparcial, lleno de justificada admiracion, dice á sus lectores que existe en Madrid un verdadero cuervo de ejército.
Gracias por la noticia; pero advierta que lo mismo me da.

Dice *La Correspondencia de España* que el gobierno acordó que no debian reunirse las Cortes.
Esto debe de ser un falso testimonio.
Si las Cortes han de reunirse ó no, lo tiene que decidir la comision permanente.
Conste así.

¿Es cierto que se prohíbe por la autoridad á los vendedores de periódicos decir lo que más conveniente estimen para aumentar el número de compradores?
La prohibicion sobre ser injusta seria pueril.
Diga Vd. al vendedor de fruta que no venda como de Toledo los albaricoques de Madrid.
Que no llame de Aragon á los melocotones de Castilla.
Que no encomie la excelencia de su mercancia, que nada de excelente tiene.
¿A qué conduciría eso?
Pues saque Vd. la consecuencia. El buen juicio del público ha de ser el único medio de evitar estafas y corregir abusos.

Peró ya que de sorpresas á la buena fé del comprador se trata, ¿por qué permite la autoridad que á las doce del dia se vendan décimos de la extraccion que se verifica á las ocho?

En esto sí que puede haber verdadera estafa, y es tanto más grave, cuanto que alguna complicidad tiene en ello el Estado, cuando no por otra cosa, por representar en ese garito llamado lotería el papel nada airoso de jugador de ventaja, ó llámese *banquero de ingenio*.
Eso sí que es grave.

Despues de tantos preparativos, en Paris escasean ahora los comestibles.
Hay que inscribirse con tres dias de anticipacion para obtener queso y arroz.
Malísimos ratos va á pasar D. Salustiano.

A propósito de anuncios chistosos, en el callejon del Perro podrán Vds. leer, si gustan, la siguiente inscripcion:

«Se guisan callos y caracoles por la antecesora de la que existe en la calle del Prado y además otras comidas.»
Los callos y los caracoles podrán ser malos.
Pero lo que es el letrero es bueno.

La sociedad *El Fomento de las Artes*, visitada antaño por muchos de nuestros hombres notables de hoy, se propone crear poco á poco un instituto libre en aquel local.
Aplaudo la idea.

Parece que tambien proyecta una Exposicion industrial.
Continúo aplaudiendo.
Sí, hombre, sí, es menester que vayamos haciendo uso de los derechos individuales: para algo más han de servirnos que para hacer manifestaciones de hambre.

He tenido el gusto de leer la cartilla del Santo Niño de Cebú, que sirve para la instruccion de los párvulos en Filipinas.
De este curioso libro, obra magistral del Sr. Barantes, tomo la profunda máxima siguiente:
«Para fragatas, Santander; para chorizos, Badajoz; para pescado, Malabon; para tabaco Cagayan.»
Esto se deja muy atrás á la nunca bien ponderada copla del baron de Andilla:

No palpés al hablar á tus iguales
ni ensanches con tu dedo sus ojales.

De la misma cartilla son los edificantes renglones, ó sean versos, que copio:

Como aprendí ya á leer,
señor, en tan tierna edad,
haga tu inmensa bondad
que *te aprenda á conocer*.

Basta de Niño Cebú.

El comandante de los tiradores francos de la prensa de Paris llama á Guillermo moderno Atila.
Tiene razon; pero reclamo la originalidad de la frase.

S. A.—se me atraganta el tratamiento—el regente ha venido á Madrid á ruegos del Consejo de ministros.

El Sr. Ruiz Zorrilla regresa á instancias de la comision permanente.

Por eso es bueno que los puestos de cierta importancia estén ocupados por hombres de iniciativa.

En los momentos críticos es cuando se echan de ver estas cosas; digo, me parece á mí:

—¿Qué le parece á Vd. la zarzuela *Los estanqueros aéreos*?

—Hombre, no está mal; pero yo he visto algo mejor que eso en los circos ecuestres.

Y dijo Serrano:—«Señores, aquí es preciso que hablemos con franqueza: si hay entre nosotros quien sea partidario de la república que levante el dedo.»

Y ningún dedo se levantó.

Y continuó Serrano:—«Lo digo al tanto de que si no son equivocadas mis noticias, no falta algun ministro que vacile; y si es así, bueno seria saberlo para promover discusion sobre el asunto.»

Y ningun dedo se levantaba.
Un observador, sin embargo, hubiera notado que Prim miraba á Rivero, Rivero á Sagasta, Sagasta á Moret y Moret á Serrano.

En vista de tan luminosas explicaciones se dió el punto por suficientemente discutido.

Habia pasado una hora *escasa*.

Desde entonces ha vuelto á decirse algo de esa medida salvadora.

Se piensa en conceder las atribuciones al regente.

Guillermo de Prusia dice en uno de sus últimos despachos:

«Que Dios nos ayude para el porvenir lo mismo que nos ha ayudado hasta ahora.»

Ese Dios prusiano debe de ser poco amigo de los franceses. Ahora veremos cómo los franceses se arreglan con el suyo.

Vaya una partida que les ha jugado.
¡Cuerno, qué Dios!

Nuestro desdichado embajador gana á fuerza de sustos sus cincuenta mil duros, que si bien se mira son una miseria en estos momentos.

La otra noche faltó poco para que los republicanos de Paris le diesen un disgusto serio: el terror embargó al infeliz diplomático el uso de la palabra.

Ya en salvo, fué tan profundo su reconocimiento que hasta dió vivas á la república.

Me gustan á mí estos corazones agradecidos.

Ahora se explicarán Vds. lo que no comprenden todavía muchos ignorantes, es á saber: cómo y por qué el embajador, que tan amigo del imperio se manifestaba hace dos dias, asegura hoy que la república es la salvacion de la Francia.

Pues allí verán Vds.: todo eso es gratitud, nada más que gratitud.

La gratitud es la condicion esencial de las almas nobles...

El Eco de España, diario moderado, aplaude la disposicion del ministerio á oponerse por todos los medios posibles á la república.

Sentado este hecho, preséntase á mi espíritu un problema.

¿Quién es más digno de lástima, el que aplaude ó el aplaudido?

Un periódico reaccionario asegura que la república francesa morirá de muerte desastrosa.

Todo puede suceder, si señor; pero si Francia sucumbe no será seguramente por obra y gracia de la república, sino por la torpeza inaudita y por la conducta infame del emperador Napoleon, de quien el diario aludido era muy partidario.

Quisiera yo saber qué solucion darian los moderados á la crisis por que Francia atraviesa hoy.

Tengo á la vista, facilitada por un suscriptor amabilísimo, «la descripcion de la plausible y solemne funcion con que la muy noble y muy leal ciudad de Alcalá la Real celebró la destruccion de la lápida constitucional en el año de 1823.»

De veras siento no poder insertar íntegras las peregrinas ocurrencias del cronista; pero no puedo resistir al deseo de dar algunas para edificacion de los presbiteros, que andan estos dias algo soliviantados: ¡alabado sea Dios!

Dice así un párrafo: «Cayó la Piedra (iniquo signo de los libertinos mazonos); y exhalados se arrojan sobre ella, la conculcan, la arrastran, y con el mayor oprobio la conducen á la cárcel (*esto de encarcelar á una piedra es bueno*), y encierran en el más profundo de los calabozos (*así, para que no se escapase*).»

Y continuó copiando:

«Llamados (*los carceleros de la piedra*) por el capitán D. José Ortega, los conduce á su casa, les administra un espléndido refresco (*podria haberles administrado una albarda*) y cuarenta uniformes, fusiles, fornituras (*vamos, las guarniciones*), con los cuales se vistieron cuarenta esforzados jóvenes que con su tambor (*tambien tenian tambor; ¡angelitos!*) corrian con alborozo, etc., etc.»

¡Qué descripcion, y qué ortografía!
En otra ocasion copiaré algun trozo de esta curiosa obra.

Dice *La Esperanza* que D. Carlos ha ido á San Petersburgo, no á pedir auxilio, quíá, no señor, sino... ¿á ver si Vds. lo adivinan? á satisfacer los deseos de poderosos personajes rusos (caramba, ¿y qué deseos son esos?) que quieren verle.

Más natural parecia y más decoroso, que si esos señores rusos querian ver á D. Carlos, viniesen ellos á la residencia de él, en vez de ir él á la residencia de ellos.

La Esperanza viene, en resumidas cuentas, á declarar que D. Carlos VII ha ido á Rusia con el propósito exclusivo de enseñarse.

Solo falta que nos diga con franqueza cuánto cuesta la entrada.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.